

Los Cuentos de Fin de Mes

La muerte todo lo borra

Un caos dentro de él, un torbellino de ideas indefinibles sobre temas concretos, diarios, repetidos vulgares. Los ojos sin brillo, resbalando sobre el perimundo, la voz sin inflexión, a tono con los balbuceos con que contribuye a la cháchara inoportuna de los concurrentes.

Sobre la mesa un porrón de vino, un plato de almendras tostadas y un cuarterón de picadura. La luz eléctrica, ahogada por la pantalla, corta los rostros entre la nariz y la boca. Un vaho espeso y crujiente se escapa hacia el pasillo por el que van y vienen mujeres silenciosas y enlutadas.

Ha muerto hace un par de horas y está tendido, largo, sobre el túmulo, chupadas las mejillas, transparentes las orejas, creciéndole la barba, marfileña la frente rodeada de crespos mechones grises.

Casi todos los hombres de la aldea están allí; es como un rito. No es necesaria la amistad, ni el parantesco es indispensable para sentirse obligados. En verdad que ni ligaba con él, pensaban de manera distinta, y una vez fué sorprendido mientras cogía unas peras en su huerto. Le llamó ladrón y quiso obligarle ante el Juez. Intervinieron las mujeres y no ocurrió nada. ¡Para qué tantas peras y tantos melocotones y tanto melón y sandía! Tampoco ha podido llevarselo. ¿Es tan grave quitarle al vecino lo que le sobra?

—Sí, medio palmo —contesta— O más, o más.

—Es suficiente —contesta Arturo— Si antes de un mes cae otro aguacero igual...

Pasos en la escalera, la escalera angosta y culebrina de esta casa que el difunto reformó veinte años antes. Pasos y voces. Y ruido de madera contra la pared.

—¡Pero si esto no pasa!

Cesa la conversación y escuchan

atentamente. El carpintero sigue exclamándose:

—¡Si no hay manera!... Habrá que ponerla derecha... Pero, ¿y luego?

¿Y luego?.. El caos da paso a una definida sucesión de pensamientos. El carpintero aporta un tema de considerable interés. Le quitó las peras pero ahora está muerto, y la muerte todo lo borra; con la muerte todas las rencillas se acaban.

El carpintero ha dejado el ataúd en el pequeño rellano y está con ellos, enjugándose el sudor de su rostro, con un pañuelo de color malva. Está perplejo. Con los ojos busca al hijo del difunto.

¿Qué hacemos?

Una ráfaga de palabras se abate en la reunión, el vaho se esconde entre el repliegue de los vestidos de luto. Un hombre no es una bestia, un difunto debe ser tratado con más mimo que las tiernas carnes de un recién nacido.

—Si quereis...

Habla y habla, trata de convencer, desea hacerlo, cumplir esta idea que no sabe — ni lo sabrá nunca — si es una expiación o un sacrilegio... Sus ojos brillan su voz es rotunda...

Todos se levantan y se van a otra habitación; cierran la puerta del pasillo;

los brazos y piernas no han adquirido aún la rigidez de la muerte.

Solos el carpintero y él. Pesa poco, flacucho y anciano, de huesos frágiles y cristalinos. Lo doblan, lo sientan al borde de la cama, el carpintero le levanta los brazos. El le entreabre las piernas y lo coloca a horcajadas sobre el espinazo. Los brazos del difunto, por sobre los hombros, cuelgan sobre el pecho de él. Aquellas manos que le amenazaron... ¡Bhái!; la muerte todo lo borra.

Un paso, otro paso.. las escaleras angostas... ¿cómo no se les ocurriría? Le ayuda el carpintero, le enderezan, le recomponen, le colocan en el ataúd. Llaman a los demás.

—Sí, ya está.

La capilla ardiente queda instalada en el zaguán. Los hombres bajan sillas para continuar la vela.

—Ven, te lavarás las manos.

—¡Las manos!... Es igual, ¿para que?

Vuelve el caos, el torbellino de ideas indefinibles, los ojos sin brillo. Nunca sabrá porque lo hizo. Fué un impulso. Como el vaho que se escurre por la angosta escalera por la que suben y bajan mujeres silenciosas y enlutadas.

Antonio Miralles Manresa

ANUNCIA

*rueda a cuantos deseen
anunciar en nuestro número extraordinario de
Verano lo comuniquen a esta Redacción
antes del próximo 15 de julio.*